

Polvos de arroz

Edith Cañedo G.

Polvos de Arroz, desde el título, nos da idea de lo auténtico, de lo añejo, de lo pasado de moda. Esta novela escrita en la primera época de Sergio Galindo es fundamentalmente realista, aunque posee rastros de un romanticismo todavía arraigado en México:

“Es como si me acostara en la cama de Juan Antonio, se dijo. . .”

Después de unos minutos la habitación adquirió una claridad ligera; no era como la recámara de Jalapa que permanecía en una densa oscuridad”. Aquí notamos el elemento romántico de asociar el estado de ánimo del personaje con el ambiente que rodea a una atormentada Camerina que se debate —como adolescente— en llamar o no llamar, motivo que se afirma repetidamente incluso a través de las ilustraciones de teléfonos de Martha Palau.

Analicemos algunos elementos realistas de esta obra:

Las descripciones detalladas de escenas y estados de ánimo nos hablan del modo de vivir de una familia burguesa de principio de siglo, en una peque-

ña ciudad absolutamente provinciana y conservadora. No podían faltar las visitas diarias a la iglesia; los amplios corredores y jardines plagados de macetas y las interminables tardes de charla, acompañadas del té, el coñac, y el tejido en aquella “larga sala, los muebles de mimbre —vieneses—, los juguetes antiguos. . .”

Otros elementos realistas son la ironía y la burla, que aquí se perfilan desde la primera página: “Iba a volver a suspirar, pero le salió un quejido porque los zapatos le apretaban” (p. 11). Esta burla raya en la crueldad —muy propia en los niños— cuando han descubierto los sobrinos el secreto de amor de la tía.

“Debería preocuparse por sus años y no por sus kilos.
— Es un vejestorio (. . .)
— Es algo tan risiblemente tierno”

Elemento realista es también el querer dar la sensación de lo verídico, de aquí que se hable de la Revista “Confidencias” y del jabón “Palmolive” y se describan con fidelidad ciertos lugares.

La candidez e inocencia de Camerina resultan

casi infantiles; en su juventud sin sospecharlo siquiera —o sin querer descubrirlo— comparte el amor de Rodolfo con su hermana.

“Camerina y Augusta tampoco deseaban otra cosa que la alegría de estar allí con Rodolfo. . .

— ¡Híncate! Pide por Rodolfo: que nos lo devuelva Dios con bien (Augusta), y es mucho tiempo después que ella capta y acepta que ha sido traicionada por ellos.

No obstante perdona y ama a Julia, producto de esas relaciones y a su hermana a quien con el tiempo ha llegado a despreciar no tanto, tal vez, por el engaño de años atrás, sino porque la sometió a una soledad y a un silencio interminables “Interminables horas siempre iguales, ninguna discordancia, ninguna prisa”.

Camerina paso treinta o cuarenta años viviendo fuera del tiempo, sin advertir que, afuera, el mundo seguía girando. Ella se detuvo en la muerte de Rodolfo hasta que volvió a la vida muchos años después, con un desesperado deseo de volver a vivir; tal vez ese deseo le llevó al puesto de revistas a comprar “Confidencias”.

Camerina llega a adquirir conciencia de su fealdad y de su vejez lo que la lleva a no querer mirarse desnuda ante un espejo, a no querer revelar su edad a Juan Antonio, ante quien reconoce sólo una “madurez” que el lector mismo llega a creer, hasta que descubre su ancianidad casi al final de la novela. En este momento el lector siente más compasión que burla por Camerina quien salta de la atemporalidad a un presente impetuoso, bruscamente. Parece que apreciamos más preocupación de Camerina por su obesidad que por su edad y esto provoca que el desenlace nos parezca más grotesco.

Los temores que Camerina sintió en su vida: temor a amar, a defender su felicidad, a enfrentarse a la realidad, etc., los canaliza a través de repulsión y temor a orugas, insectos o arañas. Teme siempre “porque aquí vivir era de pronto el principio del peligro y la inseguridad”, “Sí tengo miedo Juan Antonio: mucho miedo”.

Sergio Galindo, en *Polvos de Arroz* juega con el tiempo y salta del presente a un pasado inmediato o remoto con gran agilidad. Estos juegos temporales permiten a la novela tener una estructura circular porque termina en el presente, después de recorrer el pasado y de desarrollar el asunto que constituye la trama de la novela.

Los saltos continuos en el tiempo, traen como consecuencia cambios de espacio y ambiente y es así como de un ambiente provinciano, rígido, monótono y hasta lóbrego, pasamos vertiginosamente a un presente moderno, desenfadado y alegre pero cruel. Esta estructura de la obra está ligada íntimamente al asunto: Recordar a Rodolfo Gris quien dejó una huella tan gris como su apellido en Camerina, contrasta notablemente con el entusiasmo y vitalidad que trae a ella la imagen de Juan Antonio —un muchacho también solitario y sombrío.

En el estilo sencillo y claro de Galindo en *Polvos de Arroz*, es claro el cambio de una prosa descriptiva y un tanto lenta, a la prosa ágil que nos narra casi precipitadamente el desencadenamiento de los acontecimientos cuando Camerina recuerda la muerte de Rodolfo, de su padre y su desprendimiento de Julia, su sobrina. También en el clímax de la novela, cuando Camerina se ve descubierta, relata su vida y explica su comportamiento a Julia, de una manera rápida y un tanto atropellada.

Los polvos de arroz que utiliza Camerina, la sitúan en un pasado remoto al que ella está tan íntimamente ligada que se resiste a cambiarlos a pesar de su deseo de participar de la vida moderna:

—¿Por qué no cambias de polvos? —le preguntó Perla.

—Estoy contenta con los que uso. . . ¿o crees que me quedan mal?”.

Renunciar a sus “polveros de arroz” significa renunciar a su pasado y al recuerdo de su primer amor.

Esta novela nos habla de varios rompimientos: con el tiempo, con los rígidos moldes sociales y

morales, con el vínculo familiar entre padres e hijos y hermanos con hermanos, no obstante Camerina ha adquirido su propia filosofía que a través de Galindo nos hereda:

... algunas personas no mueren cuando llega su muerte, sino desde mucho antes; y su muerte física no es sino una consecuencia natural, que produce sólo una pequeña congoja que viene a cerrar un círculo. . .

“La muerte no tiene sentido. . .

“El arrepentimiento debe ser la consecuencia de una falta. ¿De que puedo yo arrepentirme? Como no

sea de la vida entera, de la existencia toda, y eso no me importa. . .

“... he descubierto que la felicidad, si existe, debe ser algo por lo que se lucha mucho y se hacen cosas malas. . . (p. 80).

“... ¿por qué existe uno? ¿Porqué? . . . en una de esas hermosas tardes. . . había podido saber o cuando menos imaginar qué era ella, qué eran todas las cosas y la vida. Había sentido la existencia de una armonía inapreciable pero cierta. . . ella había aprendido a amar cada hoja, cada flor, cada ruido. . . como parte y prolongación de sí misma. . . Eso es la vida, eso es que uno está viviendo.

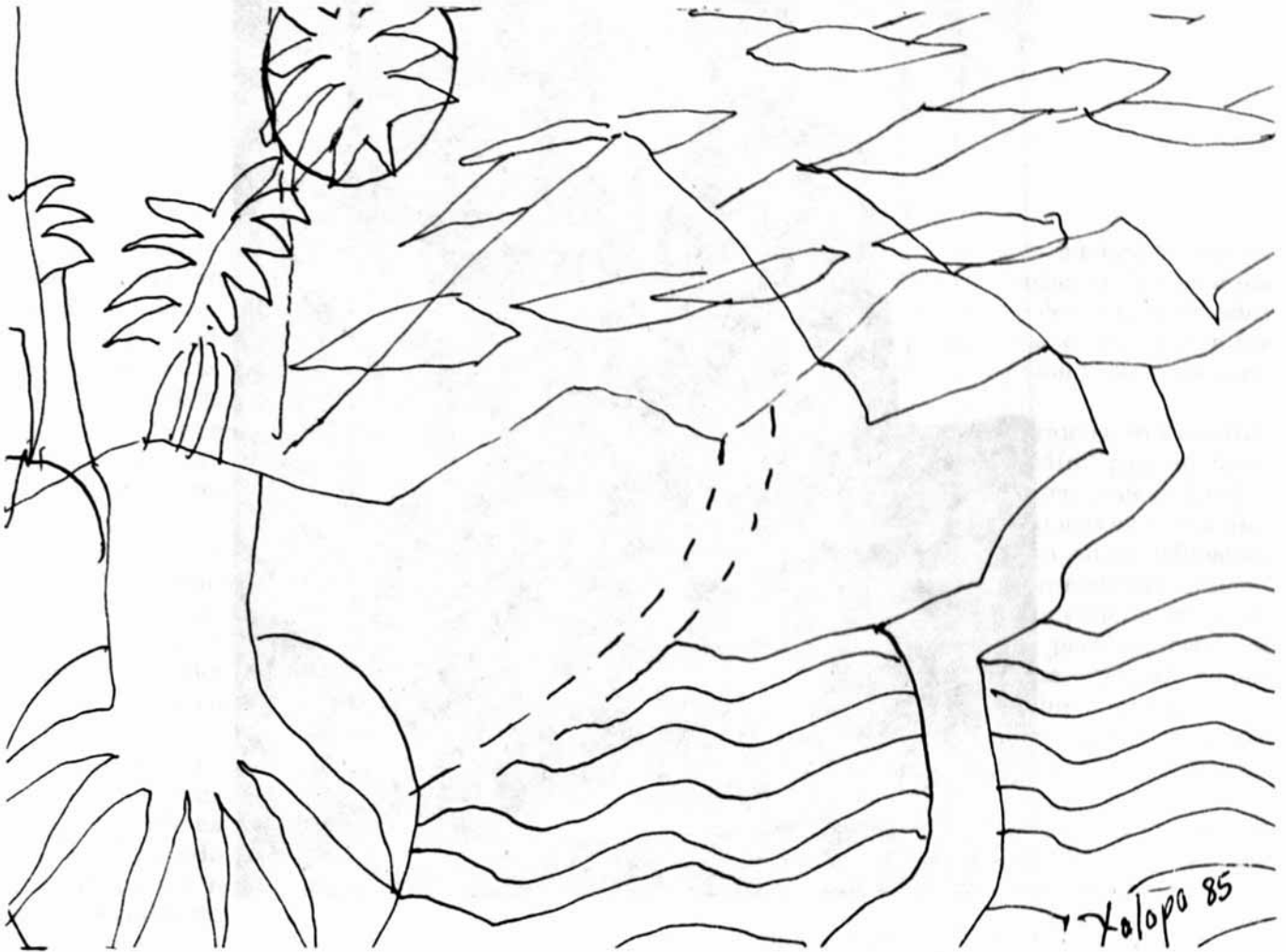




Foto : Miguel Angel Quijada.